

 HARLEQUIN

DESEO™

3  
NOVELAS  
inolvidables

A man with dark hair, wearing a black suit jacket over a light blue button-down shirt, is sitting in a leather chair. He is leaning his head on his right hand, looking directly at the camera with a slight smile. He is wearing a gold watch on his left wrist. The background is a stone wall.

YVONNE LINDSAY  
Una situación inesperada

---

JOAN HOHL  
Seducir al jefe

---

EMILY MCKAY  
Un acuerdo apasionado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 459 - diciembre 2020

© 2012 Dolce Vita Trust

Una situación inesperada

Título original: A Father's Secret

© 2013 Joan Hohl

Seducir al jefe

Título original: Beguiling the Boss

© 2014 Emily McKaskle

Un acuerdo apasionado

Título original: A Bride for the Black Sheep Brother

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2014

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-937-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

### Una situación inesperada

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

### Seducir al jefe

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Un acuerdo apasionado](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# DESEO

---

YVONNE LINDSAY

Una situación inesperada





## ***Capítulo Uno***

-¿Qué vas a hacer?

Erin miró a su amiga, que la observaba preocupada, bajó la vista a la carta que tenía en la mano, que había recibido de un bufete de San Francisco, y sacudió la cabeza.

-No sé siquiera qué puedo hacer.

-Tienes que averiguar algo más. Llegado el caso, estarás más preparada para enfrentarte a ello si estás bien informada -le dijo su amiga Sasha con vehemencia-. ¿Qué decía la carta del otro día? Que alguien ha dicho que la clínica de fertilidad cometió un error. No dice que tenga ninguna prueba que lo respalde. Podría no ser más que un empleado insatisfecho que busca problemas.

Erin apartó la carta, fuera del alcance del bebé, sentado en su regazo, y suspiró.

-Bueno, lo que está claro es que hay alguien que lo considera lo bastante plausible como para investigarlo. ¿Y si fuera cierto?, ¿y si las pruebas demuestran que Riley no es hijo de James?

-Tú eres su madre, ¿no? La ley tiene que estar de tu parte; aunque fuera cierto que es hijo de otro, ese hombre no sería más que un donante, que solo puso el esperma.

-¡Sasha! -la reprendió Erin-. No debes hablar así; es evidente que ese hombre y su mujer estaban yendo a la clínica por el mismo motivo que James y yo. Me parece un poco cruel decir que no es más que un donante.

Besó la cabecita de Riley y aspiró su dulce olor de bebé.



Sasha la miró azorada.

-Bueno, sea como sea tú eres su madre. Eso no puede negarlo nadie, así que estoy segura de que quien lleva las de ganar en la custodia eres tú.

Sus palabras no reconfortaron demasiado a Erin, que querría que hubiera algún modo de negarse a que sometieran a Riley a las pruebas de ADN para demostrar quién era su padre: si su difunto marido, James, o un extraño. Todo aquello era una locura. Riley tenía que ser hijo de James; tenía que serlo.

Se suponía que esa clase de errores no podían ocurrir. James y ella habían decidido probar un tratamiento de fecundación in vitro que los había llevado desde su hogar, a orillas del lago Tahoe, a San Francisco, para llevar a cabo el procedimiento que llevó al nacimiento de Riley, cuatro meses atrás. Nunca habría imaginado que la clínica pudiera cometer un error así, ni que los síntomas, aparentemente de gripe, que había experimentado James unos meses después la fecundación, enmascaraban una infección que le provocaría, dos semanas después del nacimiento de Riley, un fallo cardíaco que se lo llevaría de su lado.

El tener que enfrentarse a todo aquello ella sola la abrumaba. El papel le tembló en la mano y lo dejó en la mesa de la cocina, una mesa que habían usado generaciones y generaciones de la familia Connell. Una mesa que solo podrían seguir usando otros Connell según lo estipulado en el contrato de fideicomiso de la propiedad. Se suponía que esa propiedad pasaría a ser de Riley en caso de que James falleciese, pero si se demostrase que no era hijo suyo, no tendría ningún derecho sobre ella.

Alisó la carta con la mano, deseando no haber ido ese día a la oficina de correos.

Sasha le puso una mano sobre la de ella.

-No te preocupes, Erin -le dijo-. Contesta a esa carta y pídeles más información antes de acceder a que le hagan ninguna prueba a Riley.

-Tienes razón, es lo que debo hacer -asintió ella-. Además, así al menos retrasaré las cosas un poco, ¿no?

-Exacto -Sasha miró el reloj redondo que colgaba de la pared y suspiró-. Bueno, tengo que irme; tengo que recoger a los chicos del colegio -añadió levantándose.

Erin tomó a Riley en brazos y se levantó también.

-Márchate, no te preocupes por mí. Y gracias por venir; de pronto me sentí como si se me hubiese venido el mundo encima.

Después de leer aquella carta Erin se había derrumbado, pero había bastado con una llamada a Sasha para que su amiga lo dejase todo y fuese a su lado. Después de que, en los últimos doce meses todo hubiese cambiado de repente, el apoyo constante de Sasha había sido su salvación.

-¿Para qué están las amigas? Llámame cuando sepas algo más, ¿de acuerdo? -Sasha le dio un abrazo-. ¿A qué hora esperas a ese huésped?

-Hasta las cinco no llegará.

-Bueno, al menos eso te ayudará un poco económicamente. Sigo sin poder creer que James os dejara a Riley y a ti sin nada.

Erin frunció el ceño.

-Hizo lo que pudo, Sash. Ninguno de los dos pensamos que fuera a morir tan joven. Además, entre las facturas médicas por su enfermedad y los gastos añadidos del nacimiento de Riley... en fin, por ahí se nos fue mucho dinero.

-Lo sé; lo siento. Es que es tan injusto...

Erin, a quien de repente se le había hecho un nudo en la garganta, tragó saliva. Sí, era muy injusto. Después de todo por lo que habían pasado juntos... Al notar que la tristeza empezaba a apoderarse de ella, frenó en seco sus pensamientos. Lamentarse por lo ocurrido no solucionaría nada; tenía que luchar por Riley.

Después de acompañar a Sasha a la puerta, le cambió a Riley el pañal antes de darle el pecho y acostarlo en su

cuna para que se echara la siesta. Se llevó el receptor del escucha bebés para oírlo si se despertaba y subió al piso de arriba para comprobar la habitación en la que iba a alojar al huésped al que esperaba.

Hacía mucho que nadie se alojaba en Connell Lodge, y ella, que esos días no sabía dónde tenía la cabeza, temía haberse olvidado de algo importante. Pero no, la habitación estaba perfecta, y el sol de la tarde que entraba por las ventanas emplomadas le daban un aire muy acogedor.

Había puesto sábanas limpias; un ramo de rosas del jardín en un jarrón de cristal sobre la cómoda; y el suelo, que había encerado, brillaba. El cuarto de baño estaba impecable, con toallas limpias en el toallero, y el albornoz colgaba de la percha junto a la puerta. Jabón, champú... sí, no faltaba nada.

Además, a petición de su huésped, había convertido la habitación de enfrente en un estudio. Según parecía estaba escribiendo un libro, y le había dicho que durante su estancia quería tener intimidad.

Durante la enfermedad de James habían dejado de admitir huéspedes y les dijeron a los empleados que iban a cerrar, al menos durante una temporada.

Mientras bajaba las escaleras, se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo a pesar de las preocupaciones. Quizá las cosas estuvieran empezando a mejorar después de todo.

Sam Thornton se bajó del coche y gimió al sentir el dolor, ya familiar, en la cadera y la pierna derecha. El trayecto desde San Francisco no le había sentado nada bien. Se irguió, inspiró, y movió lentamente la pierna para desentumecer los músculos.

-¿Está bien, señor? -le preguntó el chófer, rodeando el vehículo.

-Estoy bien, Ray, gracias. Debería haberte escuchado y haberte dejado que hicieras alguna parada más de camino

aquí.

Ray enarcó una ceja.

-¿Está admitiendo que se ha equivocado, señor?

-Ya sabes que sí. Anda, cierra el pico y saca mi equipaje del maletero -le dijo con una sonrisa.

Después de tenerlo tantos años trabajando para él, consideraba a su chófer como un amigo.

Alzó la vista hacia la vieja e imponente casa de campo que se alzaba a unos metros. De dos plantas, los muros de gótelé estaban en buena parte cubiertos por algún tipo de planta trepadora que se veía algo descuidada, como si hiciese tiempo que no la hubiesen podado. De hecho, toda la casa daba la impresión de estar algo descuidada.

Pero no era el estado de la casa lo que le interesaba; estaba allí por un motivo más importante.

-¿Seguro que no quiere que me quede con usted un día o dos, señor? -le preguntó Ray, tendiéndole su maleta y el maletín del ordenador portátil.

-No necesito una niñera -le respondió él con cierta aspereza. Cerró los ojos un momento, irritado consigo mismo, y suspiró-. Perdona, Ray, te lo agradezco, pero no hace falta; estaré bien. Lo que tienes que hacer es irte a ver unos días a tu hija, como habías planeado. Te llamaré si te necesito, aunque espero que no sea necesario.

-Usted manda.

Ray asintió y volvió a subirse al Audi A6. Mientras lo veía alejarse, Sam supo que no había vuelta atrás. Echó a andar hacia la casa, y justo en ese momento se abrió la puerta y salió al porche una mujer esbelta de pelo castaño y corto.

El detective privado al que había contratado para encontrarla no le había mencionado lo atractiva que era la joven viuda.

-Buenas tardes -lo saludó-. Bienvenido a Connell Lodge. Debe de ser el señor Thornton.

Sam se paró en seco. Aquello no podía estar pasando, se dijo apretando el asa de la maleta. No podía ser que

estuviese sintiéndose atraído por aquella mujer. Sin embargo, aunque lo intentó, no pudo reprimir una ráfaga de deseo. Una ola de calor se le estaba extendiendo por todo el cuerpo, y llegó incluso a cierta parte que había ignorado tanto tiempo que hasta había llegado a creer que se había vuelto insensible. Y habría preferido que hubiese seguido así.

-¿Señor?

La mujer estaba mirándolo preocupada. Tenía unos ojos castaños tan profundos que un hombre podría perderse en ellos. Sam se reprendió por pensar esas tonterías. No se sentía atraído por aquella mujer. De ninguna manera.

-Sí, soy Sam Thornton, pero no hace falta que seamos tan formales. Llámame Sam, por favor.

Dio un paso adelante, todavía entumecido por el largo viaje, dejó la maleta en el suelo y le tendió la mano.

-Soy Erin Connell, la dueña de Connell Lodge.

Cuando le estrechó la mano y le subió un cosquilleo por el brazo, Sam supo que aquello era una batalla perdida. Ella carraspeó, nerviosa.

-Pasa, por favor; te enseñaré la habitación.

Erin se volvió y entró delante de él, ofreciéndole una vista excelente de sus femeninas caderas y de su bonito trasero. Los pantalones blancos que llevaba seguramente estarían prohibidos en ciertos países islámicos por cómo se ajustaban a las curvas de su cuerpo.

Apartó la mirada, no sin esfuerzo. Aquello era de locos. Aquella mujer ni siquiera era su tipo, pensó mientras subía la escalera detrás de ella. De hecho, no quería volver a saber nada de mujeres en lo que le quedaba de vida.

-¿Eres extranjero? -inquirió Erin.

Era algo que le preguntaban muy a menudo.

-Soy de Nueva Zelanda, pero llevo viviendo unos ocho años aquí, en Estados Unidos.

-¿En serio? Vaya, siempre he querido visitar Nueva Zelanda. Quizá algún día.

Habían llegado al rellano superior, y Sam se sintió aliviado de no tener ya a la altura de los ojos su sugerente trasero. La siguió por el pasillo enmoquetado hasta una habitación grande y bien iluminada, con unos ventanales que daban a unos jardines. Se veían igual de descuidados que el exterior de la casa. A diferencia del interior, se dijo mirando alrededor.

-Bueno, pues esta es tu habitación -le dijo Erin-. Creo que lo encontrarás todo a tu gusto, pero si necesitas cualquier cosa no dudes en decírmelo.

Su sonrisa vaciló cuando se quedó allí plantado, mirándola como un idiota. Se obligó a emitir un gruñido de aprobación, y debió de ser convincente, porque a ella se le relajaron las facciones.

-Como mencionaste que querías disponer de un despacho, he dispuesto uno justo en la habitación de enfrente. Ven, te lo mostraré.

Sam la siguió al pasillo y entró tras ella en otra habitación, donde no había cama y había un escritorio cerca del ventanal, a través del cual se divisaba el lago y un pequeño embarcadero.

-Pensé que tal vez te gustaría mirar el lago de cuando en cuando mientras trabajas -continuó diciéndole Erin-, para que descanses la vista.

-Gracias.

Ella le respondió con otra sonrisa.

-No hay de qué. Ese es nuestro... bueno, mi objetivo: que los huéspedes estén a gusto -dijo con voz algo trémula-. En fin, te dejaré para que deshagas el equipaje. En el correo que enviaste al hacer la reserva decías que preferías cenar temprano, así que ya tengo la cena preparada. El comedor está justo frente a las escaleras, y junto a la puerta encontrarás el tirador de la campanilla, para que me avises cuando estés listo para que te la sirva.

-Gracias, pero no tienes que tomarte tantas molestias.

-No es molestia -le aseguró ella-; es mi trabajo.

## ***Capítulo Dos***

Al bajar la mirada y ver el escucha bebés que llevaba Erin enganchado con una pinza a la cinturilla del pantalón, los ojos de Sam se iluminaron y sintió una punzada en el pecho. Justo en ese momento se oyó el lloriqueo de un bebé. Los ojos se le humedecieron, y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Se aclaró la garganta y le preguntó:

-¿Tienes un bebé?

-Sí, tiene cuatro meses, pero no debes preocuparte porque vaya a molestarte mientras estés aquí. Vivimos en el piso de abajo y su cuarto está en el otro extremo de la casa. Además, ya duerme toda la noche del tirón, gracias a Dios.

-No pasa nada, no me molesta -replicó él con una sonrisa-. Ve a atenderlo, no quiero entretenerte.

-Gracias -contestó ella antes de salir-. Cuando bajes toca la campanilla y te serviré la cena.

Sam levantó una mano a modo de asentimiento, y la siguió con la mirada mientras abandonaba la habitación.

Se volvió hacia la ventana con un suspiro, y se quedó mirando el lago, con la vana esperanza de que las tranquilas aguas lo llenasen de la calma que tanto hacía que no sentía.

Había pasado ya un año desde la muerte de su esposa, un año de dolor, pérdida y una sensación de culpabilidad que seguía reconcomiéndole por dentro. Lo había sobrellevado

con estoicidad; era lo menos que podía hacer teniendo en cuenta que Laura había muerto por su culpa, por culpa de la estúpida decisión que había tomado.

Se había jurado que nunca volvería a tener otra relación. Incluso se había hecho una vasectomía para asegurarse de que no volvería a arruinar la vida de otra persona. Se lo debía a Laura. Hasta ese día aquello no había supuesto un problema, pero la repentina atracción que le había despertado Erin Connell lo había dejado descolocado, y le enfurecía y le asustaba a partes iguales.

Ni siquiera con su esposa la atracción inicial había sido tan intensa, tan instantánea.

Aquello estaba mal, muy mal. Sobre todo teniendo en cuenta que probablemente Erin consideraría imperdonable el motivo por el que había ido allí: para encontrar la manera de reclamar a su hijo.

Erin bajó las escaleras casi corriendo. La llegada del huésped que había estado esperando la había dejado descolocada. Era más joven de lo que había imaginado, y también mucho más atractivo. Se frotó la palma contra la pernera del pantalón de un modo inconsciente, intentando acallar el cosquilleo que sentía en ella desde el momento en que se habían estrechado la mano. Un cosquilleo que se le había extendido por todo el cuerpo cada vez que la había mirado a los ojos.

Al entrar en el cuarto de Riley fue derecha a la cuna, donde el pequeño seguía llorando con los bracitos levantados, pidiendo que le atendiera.

Lo sacó de la cuna y lo mecía contra su hombro, arrullándolo para que se calmara.

-Eh... no llores más, anda -le susurró-. ¿Qué tal la siesta? No has dormido mucho. ¿Te ha despertado nuestro huésped? ¿Te has enfurruñado porque creías que estabas perdiéndote algo?



Llevó a Riley al cambiador, le quitó el pañal y le puso uno nuevo con destreza. Mientras se lo cambiaba, siguió hablándole.

-Claro que no te culpo por querer conocer a nuestro huésped, ¿sabes? No está nada mal, y no es que me interese ni nada de eso, ¿eh? Solo hay un hombre en mi vida -se inclinó para hacerle una pederreta en la barriguita-. ¡Y eres tú!

Riley prorrumpió en risitas y Erin lo levantó del cambiador, diciéndose que tenía que centrarse en su hijo, por mucho que la hubiese deslumbrado el huésped. Por los educados correos que habían cruzado para hacer la reserva, había esperado a un hombre más mayor, a un hombre... poco interesante, no a un tipo endiabladamente sexy.

Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba muy corto. Tenía arrugas en la frente y en las comisuras de los labios que sugerían que se reía a menudo, y sus ojos grises eran hipnóticos. Tenía una mirada que parecía que podría, si quisiese, penetrar hasta su alma.

No podía dejarse llevar por esa atracción; por mucho que hiciese una eternidad de la última vez que un hombre la había hecho sentirse así, tan mujer.

Fue a la cocina y sentó a Riley en la hamaquita que tenía siempre sobre la mesa, para poder tenerlo vigilado mientras hacía sus cosas. Ajustó el móvil de juguete que tenía la hamaquita a un lado, así Riley podía alcanzarlo y entretenerse, y se puso a tararear mientras ponía en una bandeja los condimentos para sazonar el estofado de ternera al vino tinto que había preparado para la cena y que tenía calentándose en el horno. Para acompañarlo había hecho puré de patatas y una ensalada.

Quizá fuese demasiado para una cena, pensó de pronto, quizá el huésped prefiriese algo más frugal. Bueno, si no le parecía bien, que se quejase al gerente, se respondió con humor. Ahora era ella la gerente, la cocinera, quien se

encargaba de arreglar las habitaciones... Estar sola al frente del negocio a veces resultaba un poco estresante, pero sentía pasión por Connell Lodge.

Diez años antes, cuando había una plantilla numerosa y no faltaban huéspedes ni en temporada baja, llegó allí para hacer una entrevista de trabajo y la contrataron. Había llegado sin nada y se había enamorado, había formado una familia y había encontrado su sitio en el mundo. Y ahora, diez años después, estaba a punto de perder su hogar por la presunción de un extraño de que Riley no era hijo de James, su marido.

Lo que necesitaba era el consejo de un abogado. Pero los abogados cobraban unos honorarios que no podía pagar. De pronto un nombre le acudió a la mente: Janet Morin. Había conocido a Janet en las clases de preparación al parto, y le había dicho que tenía intención de volver a su trabajo a tiempo parcial como abogada unos meses después de que naciera su hija. Tal vez ella pudiera ayudarla, o al menos aconsejarla.

Riley escogió ese momento para golpearse la nariz con uno de los muñecos del móvil que había agarrado con la manita, y rompió a llorar. Erin le desabrochó las correas, lo levantó de la hamaca y lo tomó en brazos.

-Shhh... venga, Riley, no llores -murmuró Erin dándole besitos.

Nada, no había manera, y por experiencia sabía que solo había una manera de calmarlo. Se sentó en una silla, se desabrochó la blusa y le ofreció el pecho a Riley, que lo succionó con gusto mientras ella le secaba las lágrimas con el pulgar.

-Ay, Riley, este no es buen momento para que te entre una rabieta, ¿sabes? Nuestro huésped bajará en cualquier momento para cenar.

-No tengo prisa, puedo esperar.

Aquella voz la sobresaltó, y se apresuró a taparse como pudo.

-Perdón -balbució sonrojándose-, no he oído la campanilla.

-Es que no he llamado -contestó él entrando en la cocina. Se acercó a la mesa y sacó una silla-. He ido al comedor y, aunque es muy bonito, no me atrae demasiado la idea de cenar allí solo. ¿Te importaría que comiese aquí, contigo?

¿Que si le importaba? Una parte de ella quería gritar: «¡Pues claro que me importa!», pero la pregunta casi había sonado como una súplica, y había advertido en su voz un matiz de soledad que la hizo ablandarse. ¿Explicaría eso sus ojeras?, ¿el cansancio en su apuesto rostro?

-No, claro que no -contestó con la mayor naturalidad posible-. Perdona que esté... es que Riley ha empezado a llorar de repente y parece que tiene hambre. A lo mejor es que va a pegar otro estirón.

-¿Riley? ¿Es así como se llama?

A Erin le pareció advertir un matiz de melancolía en su voz, pero se dijo que debían ser imaginaciones suyas.

-Ese es su nombre -contestó, apresurándose a taparse cuando Riley soltó su pezón y giró la cabecita para sonreír al recién llegado-: Riley James Connell.

-¿Puedo tomarlo en brazos?

Erin no pudo disimular su extrañeza. ¿Quería tomar en brazos a Riley? La mayoría de los hombres salían corriendo al ver a un bebé, y no querían saber nada de niños hasta que no sabían ir al baño solitos y empezaban a hablar. De hecho, su difunto marido había sido uno de ellos.

-Claro, aunque primero tengo que hacer que eche los gases -respondió abrochándose la blusa con una mano, e irguiendo a Riley en su regazo con la otra.

-Puedo hacerlo yo -dijo Sam.

-¿Lo has hecho antes? -inquirió ella sorprendida.

-No, pero no creo que sea tan difícil, ¿no?

Aquel hombre no sabía en lo que se estaba metiendo.

-Es que... a veces vomita un poco cuando eructa.

-Bueno, puedo ponerme un paño en el hombro -dijo Sam sin darle importancia-. Es lo que se suele hacer, ¿no?

Erin asintió y se levantó. Sacó un paño de un cajón y se lo dio. Sam se lo puso abierto sobre el hombro y tendió los brazos hacia Riley, que se fue con él tan contento.

-Estará más cómodo si lo sostienes así -dijo Erin, poniendo uno de los brazos de Sam debajo del pañal de Riley-. Y ahora tienes que apoyarlo en tu pecho y frotarle suavemente la espalda.

Sam hizo lo que le decía, y cuando Riley eructó, la expresión de satisfacción de Sam la hizo sonreír.

-¡Vaya, sí que eructa bien este pequeñajo! -dijo mientras continuaba frotándole la espalda.

-Pues eso no es nada -contestó ella riéndose-. Deberías ver lo que puede llegar a echar por abajo.

Sam contrajo el rostro.

-Me lo imagino.

-Voy a terminar de preparar la cena; si quieres puedes volver a poner a Riley en su hamaca -le dijo Erin señalándosela.

-¿Es segura?

-Claro, y me es de gran ayuda. Así yo puedo hacer mis cosas y Riley se entretiene mirándome.

-No te preocupes, no me importa sostenerlo en brazos hasta que vayamos a cenar.

Mientras ponía la mesa, Erin no pudo evitar sentirse extraña. Hacía mucho desde la última vez que había cenado en compañía, antes de que la enfermedad postrara a James en la cama. Apartó aquellos recuerdos de su mente. Bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para ponerse triste también.

Sam tragó saliva con dificultad. Se le había hecho un nudo en la garganta de pensar que, por difícil que le

resultara creerlo, era probable que el pequeño que tenía en brazos fuera hijo suyo.

Observó a Erin mientras se movía por la cocina. El aroma de la fuente que puso sobre la mesa no le dejó lugar a dudas de que era una excelente cocinera. Y le daba la impresión de que también era una madre fabulosa.

Al verla dándole el pecho al bebé al entrar en la cocina le había asaltado un torbellino de emociones. Erin alimentaba a su hijo con su propia leche, y aunque era algo perfectamente natural, en ningún momento se había parado a pensar en la dependencia que el pequeño podría tener de ella.

Se preguntó si Laura habría hecho lo mismo, si también le habría dado el pecho a su hijo. Sus discusiones nunca habían llegado a ese punto. Solo les había preocupado que consiguiese quedarse embarazada, y eso los había consumido hasta el extremo de que había quedado excluido prácticamente todo lo demás.

Volvió a sentirse culpable, y se sintió como si estuviese traicionando la memoria de su esposa al estar allí, con aquel niño en brazos, que podría ser hijo de él, pero no de ambos. Si hubiera ido a recoger a Laura aquel día, en vez de atender ese asunto que le había surgido en el trabajo...

-¿Va todo bien?

La voz de Erin lo arrancó de su ensimismamiento, liberándolo de las cadenas del dolor del pasado y devolviéndolo a la calidez de aquella cocina y de su compañía.

-Sí, todo bien. Eso huele de maravilla -dijo señalando la mesa con la cabeza.

-Al hacer la reserva no me indicaste si tenías algún tipo de preferencia en cuanto a la comida, así que espero haber acertado.

Erin tomó a Riley de los brazos de Sam y lo sentó en la hamaca, donde el bebé se puso a jugar con los muñecos del

móvil y a balbucear alegremente mientras ellos se sentaban a la mesa.

-Esto está de muerte -dijo Sam, paladeando un trozo de carne-. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

-Pues en buena parte podría decirse que soy autodidacta. Connell Lodge tenía una cocinera cuando llegué, pero prefería las comidas sencillas y sin mucho aderezo. Yo empecé a experimentar con algunos platos, y cuando se jubiló, poco después, James me ofreció su puesto.

-¿Fuiste empleada aquí?

El informe que le había redactado el detective privado no decía nada de eso. Claro que apenas había tenido una semana para recabar información sobre ella, y ante su insistencia estaba intentando averiguar algo más.

-Al principio sí, hasta que mi marido y yo nos casamos. Es un poco cliché, ¿no?, lo de casarte con tu jefe -una sonrisa agrisulce le asomó a los labios a Erin.

-¿Pero qué fue lo que te trajo aquí? -inquirió él.

-Envié una solicitud de trabajo para trabajar como doncella. Una de las empleadas se había caído y se había roto una pierna, así que andaban cortos de personal. Vi el anuncio en un periódico local, y me decidí a contestarlo.

-¿Qué hacías antes de venir aquí?

La expresión de ella cambió, y su mirada se volvió algo hostil, como si acabase de robarle su bien más preciado. ¿Y acaso no era eso lo que había ido a hacer allí?, pensó de pronto.

-Un poco de todo -contestó ella, y no dijo nada más.

Era evidente que no le gustaba hablar del pasado. De hecho, tenía la impresión de que estaba ocultándole algo. Ese presentimiento era lo que le había llevado allí. Su intuición era lo que le había llevado a lo más alto en su campo, el desarrollo de software, porque nunca se daba por satisfecho con quedarse en lo superficial y sentía la necesidad de ir más allá.

Estaba decidido a averiguar qué estaba ocultándole Erin, cualquier cosa que pudiese utilizar como arma para conseguir la custodia de su hijo.

## ***Capítulo Tres***

Erin cerró con cuidado el sobre dirigido al bufete de San Francisco que representaba al hombre que aseguraba ser el padre de su hijo. Dentro iba la carta que les había escrito, escogiendo cuidadosamente las palabras, solicitándoles la información en la que se sustentase la reivindicación de su cliente antes de acceder a que se le hicieran a Riley las pruebas de ADN.

Rogó para sus adentros que tardasen al menos una semana en recibir su carta, aunque probablemente solo serían unos días.

Por el vigila bebés enganchado en la cinturilla del pantalón oyó el balbuceo feliz de Riley, al que había dejado en la sala de estar, tumbado en su mantita de juegos, mientras iba al despacho a por el sobre.

Se había puesto en contacto con Janet, tal y como había pensado, y tras explicarle brevemente la situación le había dicho que estaría encantada de aconsejarle y que no le cobraría nada, lo cual había sido un alivio enorme para Erin. Habían quedado en que ese día a media mañana se pasaría por su oficina para que hablaran.

Estaba dándose la vuelta para salir, y guardando el sobre en el bolso, cuando se chocó con un muro de sólido músculo –el torso de su huésped, Sam Thornton–, y el bolso se le cayó al suelo, desperdigándose todo lo que contenía.

En su intento por no perder el equilibrio, se encontró plantando las manos en el ancho pecho de Sam, cuya



camisa de algodón apenas ocultaba la los músculos que se marcaban debajo. Los fuertes dedos de él la asieron por los brazos, y el masculino aroma de su colonia la envolvió.

La respiración de Erin se tornó entrecortada al mirarlo, y los tempestuosos ojos de él se clavaron en los suyos. Por un segundo tuvo la descabellada impresión de que iba a besarla. Aquel pensamiento la intrigó y la aterró a partes iguales, y no pudo evitar preguntarse cómo sería sentir sus labios sobre los suyos. Pero el momento pasó y la mirada de Sam se volvió fría y distante antes de que la soltara y diera un paso atrás, apartándose de ella. Debían haber sido imaginaciones suyas. O quizá fuera que se moría por que ocurriese algo entre ellos.

Se obligó a apartar la vista y se agachó al mismo tiempo que él para recoger las cosas del suelo.

-Perdona -le dijo ella con voz ronca-, estaba distraída y no te he visto.

-No, es culpa mía; debería haber llamado antes de entrar aunque la puerta estuviese abierta.

Los largos dedos de Sam tomaron el sobre, y a Erin le pareció verlo vacilar un instante antes de pasárselo. Acabó de guardar las cosas en el bolso y se incorporó, consciente de lo cerca que estaban el uno del otro.

-¿Que-querías algo? -balbució, aspirando una vez más el olor de su colonia antes de dar un paso atrás.

-Necesito imprimir unos documentos -le dijo él-, y estaba preguntándome si tu impresora tiene conexión inalámbrica. Si tienes un CD con los *drivers* podría instalarlos en mi portátil y mandar el documento a la impresora para que los imprima.

Erin sacudió la cabeza.

-Me temo que no va a poder ser; es una impresora antigua. Pero tengo que ir a la ciudad; podría pasar por la tienda de informática donde compro los cartuchos de tinta y comprar una para que la uses arriba.

-¿Y si voy contigo? -le sugirió él-. Puedo comprarla yo mismo. También necesito folios y otras cosas. ¿A qué hora te marchas?

Erin, que no se esperaba aquel cambio de planes, se quedó aturdida un momento antes de mirar su reloj.

-Pues... podríamos salir dentro de una media hora, como a las nueve. Tengo una cita a las diez a la que no puedo llegar tarde, pero si salimos a las nueve me dará tiempo a llevarte antes a la tienda de informática y traerte de vuelta.

-No quiero hacerte ir y venir dos veces. Tú déjame en la tienda y luego te espero en alguna cafetería que haya cerca.

Erin respiró aliviada; no quería llegar tarde a su cita con Janet.

-Claro. Entonces, si te parece, podemos salir un poco más tarde.

-¿Vas a llevarte a Riley?

-No, una amiga va a venir a quedarse con él mientras esté fuera.

Sasha le había asegurado que no era ninguna molestia quedarse con Riley un par de horas, y la había picado, diciéndole que estaba deseando conocer a su huésped. Solo esperaba que su amiga no fuese a avergonzarla delante de Sam cuando llegase y se lo presentase.

-¿Una amiga? ¿Y te fías de dejar a tu hijo con ella? -le dijo Sam en un tono extrañamente áspero, y casi desaprobador.

-¿Que si confío en ella? -Erin se rio-. Por supuesto que sí. La conozco desde hace diez años, y ha criado a tres hijos. El pequeño acaba de empezar el colegio. Sasha es mi mayor apoyo cuando necesito tomarme un descanso o cuando tengo que ir a algún sitio y no puedo llevar a Riley conmigo.

Fuera se oyó el ruido del motor de un coche.

-Debe de ser ella -dijo Erin-; será mejor que vaya a abrir.

Llegó a la puerta antes de que Sasha pudiera llamar al timbre.

-¿Has visto qué puntual llego? -le dijo su amiga con una sonrisa-. Bueno, ¿dónde está mi chico?

Erin le dio un abrazo y se hizo a un lado para que pasara.

-En la sala de estar. Está encantado con esa mantita de juegos que le regalaste. Le das demasiados caprichos.

-¿Para qué están las amigas sino para malcriar a tus hijos? Pero dime, ¿cómo van las cosas con tu atractivo huésped? -le preguntó bajando la voz y subiendo y bajando las cejas-. Quiero que me lo cuentes todo.

Erin se rio.

-No hay nada que contar. Es el huésped perfecto; hasta ahora no se ha quejado de nada.

-¿Y de qué podría tener queja?

Erin se sonrojó al oír aquella voz, y cuando se volvió vio a Sam apoyado en el marco de la puerta de la cocina. ¿Cuánto habría oído de la conversación?

-De nada, espero -respondió con una calma que no sentía por dentro.

-Faltaría más -intervino Sasha-. Ni en un hotel de cinco estrellas estaría mejor que aquí. Hola -saludó a Sam-, soy Sasha Edsell, amiga de Erin.

-Yo soy Sam, Sam Thornton -respondió él, tendiéndole la mano-. Siento interrumpir, pero quería confirmar a qué hora vamos a salir -le dijo a Erin.

-Sobre las nueve y cuarto, si te parece bien -contestó ella.

Sam asintió.

-Estupendo, gracias -dijo-. Un placer, Sasha -le dijo a su amiga.

Se excusó y subió a prepararse, dejándolas a solas. Erin frunció el ceño extrañada. Casi parecía que hubiese salido al vestíbulo para ver a su amiga, como si no la hubiese creído cuando le había dicho que era de confianza y que se quedaba tranquila dejando con ella a su hijo.

Sasha, tan teatral como siempre, se abanicó el rostro con la mano.

-¡Madre mía! No exagerabas cuando dijiste que era guapo. Y no te culpo por llevarlo contigo hoy a la ciudad; si lo dejases aquí tendría que contenerme para no arrojarme sobre él.

-¡Sasha, por favor! -Erin le chistó, llevándose un dedo a los labios. Sin embargo, no pudo reprimir una sonrisa-. Además, ¿qué diría Tony si se enterase?

Naturalmente solo era una broma. Sabía que su amiga, que era muy feliz en su matrimonio, jamás le sería infiel a su marido.

-¿Y cómo es que te llevas a don guaperas contigo a la ciudad? -le preguntó Sasha cuando entraron en la sala de estar y tomó a Riley en brazos.

-Necesita comprar unas cosas en la tienda de informática. Está justo frente al edificio donde tiene su despacho Janet.

-¿No te resulta familiar? -le preguntó Sasha-. A mí me parece como si lo hubiese antes, pero no consigo recordar dónde.

-¿Familiar? No. A lo mejor has visto su foto en algún periódico. Por lo que tengo entendido es un empresario importante que se está tomando un periodo sabático para escribir un libro.

-Umm... Puede que tengas razón. Bueno, será mejor que nos dejemos de cháchara y vayas a prepararte -la instó su amiga-. Y por Riley no tienes que preocuparte.

-Gracias, Sash.

-De nada.

Los dedos de Sam tamborileaban sobre el escritorio del estudio mientras observaba las tranquilas aguas del lago, preguntándose qué habría escrito Erin en aquella carta que le había enviado a sus abogados.

Sabía exactamente qué decía la que le habían enviado antes a ella, y a esas alturas había pensado que ya habría recibido una llamada del bufete para informarle de cuál había sido su respuesta. El saber que se había tomado su tiempo para contestar a los abogados, y que lo había hecho por carta, cuando podía haberles telefoneado o enviarles un correo, había hecho que le hirviese la sangre en las venas.

Se preguntó si no le importaba que Riley pudiese tener un padre que estuviese vivo, un hombre que querría ser parte de su vida, igual que ella. Por no mencionar que, si los resultados de ADN demostrasen que era el padre, tenía todo el derecho a formar parte de su vida. Y allí estaba ella, demorando los trámites legales para aclarar las cosas.

Bastaría con tomar una muestra de mucosa bucal para hacerle las pruebas de ADN. Él ya había ido al laboratorio para que se las hicieran, y aquella espera se le estaba haciendo interminable.

Se había planteado incluso tomar esa muestra a espaldas de ella, cuando el pequeño estuviese solo en su cuarto o en la sala de estar, pero tenía la sospecha de que un juez no aceptaría aquello como una prueba legal, y que obrar así no le daría puntos precisamente para conseguir la custodia.

Apretó los puños, lleno de frustración. Su abogado le había advertido de que aquel proceso podría llevar bastante tiempo, y en parte esa había sido la razón por la que había contratado a un detective privado para que la encontrara y la investigara, y la razón por la que había ido allí.

La paciencia nunca había sido su fuerte. Quería resultados, y para conseguir resultados en la vida uno no podía sentarse a esperar. El problema era que en aquella cuestión no le quedaba más que esperar, pensó, y al mirar su reloj de pulsera se dio cuenta de que ya era hora de que bajase.

Erin estaba esperándolo en el vestíbulo, y como cada vez que la miraba, en ese momento sintió una vez más aquella

fuerte atracción que despertaba en él. Y es que estaba de lo más tentadora...

Se había cambiado los vaqueros y la blusa por un sencillo vestido azul marino con cuello de barco que dejaba sus gráciles brazos al descubierto. Se le secó la boca solo de imaginarse trazando con la lengua sus delicadas clavículas.

Tragó saliva y apartó la vista para contenerse y no recorrer el resto de su cuerpo con la mirada.

-Bueno, ¿nos vamos? -dijo abriendo la puerta.

-Me has quitado las palabras de la boca.

Salieron y fueron hasta donde estaba aparcado el coche de Erin. Era un monovolumen con tracción en las cuatro ruedas, como el coche con el que él había tenido el accidente. Hasta era del mismo color.

De pronto, fue como si un puño helado le estrujara el corazón, haciéndole imposible respirar. No se había vuelto a poner al volante de un coche desde aquel aciago día.

De hecho, desde entonces, cada vez que había tenido que ir en coche a algún sitio solo lo había hecho con su chófer, Ray, al volante. Y aun así le había llevado varios meses calmarse lo suficiente como para poder sentarse en el asiento del copiloto.

Un sudor frío le recorrió la espalda. Pedirle a Erin que le dejara ir a la ciudad con ella había sido una idea estúpida. No sabía si era una buena conductora. ¿Y si fuese de esas personas a las que les daba por correr al ponerse al volante?

Erin, ajena a sus pensamientos, le sonrió y le tendió las llaves:

-¿Quieres conducir tú?

-¡Ni hablar! -casi rugió él.

Su repentino estallido pareció aturdir a Erin por un momento, pero luego dejó caer la mano y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

Sam se obligó a dar un paso hacia la puerta del copiloto. Le temblaba la mano cuando la alargó hacia la manecilla y